



MARGARITA MAZA DE JUÁREZ.

1826-1871.

Vivía en la segunda década de este siglo y en la calle de Segovia, en Oaxaca, un honrado agricultor de origen genovés llamado Antonio Maza, en posición bastante desahogada, pues que poseía tres solares para el cultivo de granas, llamados generalmente nopaleras, y estaba muy bien aceptado, tanto por la población europea de la ciudad, como por los indios de la Sierra con quienes tenía siempre muy buenas relaciones, especialmente los de los pueblos de San Pablo Guelatao y San Pedro Nesicho. Tenía este honrado agricultor un hermano llamado Francisco que le ayudaba en sus quehaceres agrícolas y de comercio, y estaba además casado con la virtuosa Sra. Petra Parada, verdadera mujer del hogar y muy religiosa, lo mismo que su marido, hecho por lo demás universal en aquella época, en el virreinato de la Nueva España.

Como las propiedades de campo de D. Antonio Maza eran de cierta importancia, tenía un mayordomo que se las cuidaba y atendía, llamado Tiburcio Maldonado, y la esposa de éste estaba á la vez colocada en la casa de Oaxaca con la familia de D. Antonio, en calidad de sirviente de confianza ó ama de llaves. Esta sirviente no era otra que Josefa Juárez, hermana del Benemérito de América.

Cuando este grande hombre fué á la ciudad, adonde llegó el 27 de Diciembre del año 1818, la primera casa en donde se refugió y estuvo unos quince ó veinte días fué la de D. Antonio Maza al lado de su hermana Josefa, y de allí pasó con su benefactor el sacerdote Antonio Salanueva.

El feliz y honrado matrimonio Maza tuvo una numerosa familia, algunos de cuyos miembros aún viven, y la primera niña habida en aquel, nació en la referida ciudad de Oaxaca el 29 de Marzo de 1826 y fué solemnemente bautizada, llevando desde entonces por nombre el dulce y poético de Margarita.

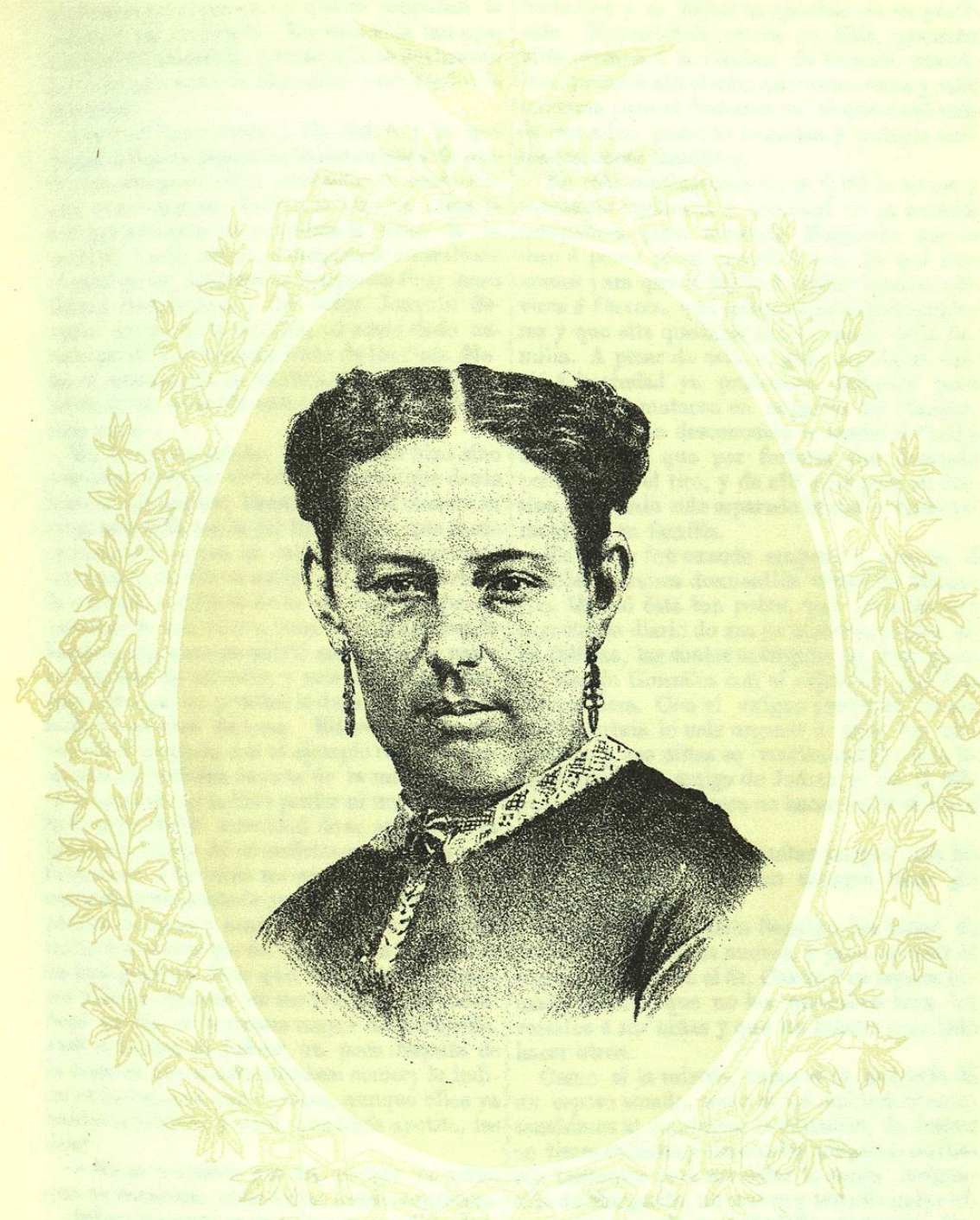
Margarita se educó y creció en los más rígidos y severos principios de moral alentados y sostenidos por cualidades naturales, distinguiéndose desde muy niña, tanto por el horror con que veía una injusticia, como por la invencible

repugnancia que le causaba decir ó oír una mentira. Estando todavía en la primera infancia reveló la honradez y rectitud de su carácter en un hecho de niños al parecer sencillo, pero que da la medida de sus sentimientos. Acostumbraba su hermano mayor José, jugar con un muchachito llamado Juan Sigüenza, empleado en la casa del Sr. Maza, y cada vez que la señora se descuidaba iba inmediatamente el niño al repostero y se robaba toda la fruta y dulce que podía, teniendo especial predilección por los plátanos, y convidando siempre de su hurto al compañero de travesuras. Margarita observaba estos robos diarios á la despensa de su mamá, pero guardaba el secreto por no buscar un disgusto á su hermano José. Llegó sin embargo la época de la confesión de precepto, y como la señora de Maza no transigía con ninguna falta de observancia á los mandatos de la Iglesia, hizo que fueran inmediatamente á confesarse sus hijos, é *in capite* los mayores, José y Margarita, con un sacerdote que era su padre de confesión, llamado Domingo Morales. Al varón le tocó primero cumplir el precepto anual; pero hizo la declaración de sus *grandes pecados* tan alto, que todos los oyó Margarita, la cual estaba cerca aguardando su turno. Concluyó José, siguió la hermanita, y así que se reunieron con la señora Maza para volverse al hogar, le dijo inmediatamente Margarita:

—Mamá, Pepe no se ha confesado bien porque ha ocultado un pecado; yo he oído toda su confesión y no le ha dicho al padre que todos los días te roba el dulce y los plátanos. Nada te había querido decir para que no le pegaras, pero ahora te lo aviso para que no vaya á cometer un sacrilegio, porque ese pecado estoy segura que no se lo confesó al padrecito. No le ha dicho toda la verdad; tú sabes lo que haces.

La vida de la familia Maza era sumamente recogida y por consiguiente no abundaban en aquel hogar las diversiones ni iban los niños á ellas. Los domingos salían todos á misa, pasaban un rato y volvían á la casa, y la semana se repartía entre el aprendizaje de la enseñanza tal cual existía en aquella época, y los

“Liberales Ilustres Mexicanos.”



MARGARITA MAZA DE JUAREZ.

quehaceres domésticos en que se ocupaban la señora y las mujercitas. En esta vida tan apaciblemente monótona y tranquila se deslizaron los primeros años de Margarita y así llegó á la juventud.

Las relaciones entre el Sr. Juárez y la que después fué su esposa no tuvieron nada de particular, aunque existen anécdotas en contrario, que son inexactas. Intervino algo en ellas la antigua sirvienta ya considerada como de la familia, Josefa Juárez, y después de consultado el parecer del confesor de Margarita Fray Juan López, franciscano, y del señor Joaquín Serrano amigo de la familia, así como dado naturalmente el consentimiento de los Sres. Maza, el matrimonio se verificó el día 31 de Julio de 1843, teniendo entonces Margarita diecisiete años.

En su nuevo estado, la esposa no hizo sino desplegar más las virtudes privadas que desde niña la adornaban; identificó de tal manera su existencia toda con la del Sr. Juárez, que desde el momento en que se casó fué la constante compañera, la tierna amiga, la mujer fuerte y la acertada consejera de su marido. En las vicisitudes de que estuvo llena la vida del grande hombre, ella siempre sufrió sonriendo su parte no pequeña de calvario, y más adelante veremos qué clase de pruebas le deparaba para más tarde la adversa fortuna. Educada en buena escuela y alentada con el ejemplo recibido desde niña, la pobreza rayana de la miseria nunca la acobardó ni la hizo perder ni un momento la imperturbable serenidad de su espíritu, y la honradez innata de su carácter se ajustaba perfectamente á las ideas severas de Juárez y á la conducta intachable de que dió éste tantos ejemplos en su larga y azarosa vida. Un rasgo referido á nosotros por un miembro de la familia, da idea perfecta de lo que valían los dos esposos y de la riqueza de sus virtudes privadas: llegó un día el hermano mayor de Margarita, José, á la casa de Juárez, un poco después de la hora en que acostumbraban comer; le indicaron los esposos que comiera, aunque ellos ya habían concluido, y José, que tenía apetito, les dijo:

—No se molesten por mí, porque ya saben que en comiendo coles fritas quedo conforme.

Juárez y su esposa se miraron mortificados; ese día en efecto no se había podido poner vituella, ni por consiguiente coles en el puchero, y no lo habían podido hacer por pobreza.

Juárez era entonces gobernador de Oaxaca!

Acatando este gran patricio el principio de la no-reelección vigente en el Estado, dejó el difícil y honroso puesto que ocupó con beneplácito general, volvió á la vida privada, pobre, aunque extrañado y bendecido por sus go-

bernados, y se dedicó al ejercicio de su profesión. Ejercióndola estaba en Etna, pequeña villa cercana á la Capital de Oaxaca, cuando le sorprendió allí el odio de Santa-Anna y salió entonces para el destierro en el que duró más de dos años, pasando escaseces y trabajos verdaderamente inauditos.

En esta contingencia no le faltó la tierna y constante vigilancia y solicitud de su amante compañera, pues sabiendo Margarita que lo iban á poner preso, mandó á uno de sus hermanos para que le dijera á Juárez que no volviera á Oaxaca, que escapara á sus perseguidores y que ella quedaría con el cargo de la familia. A pesar de esto, el gran repúblico volvió á la ciudad ya prisionero, faltando poco para que lo mataran en la garita del Marquesado, donde un desconocido le tendió el fusil á la cara, fusil que por fortuna fué desviado perdiéndose el tiro, y de allí salió para su destino, habiendo sido separado brutal y violentamente de su familia.

Entonces fué cuando empezó á ponerse á prueba la nunca desmentida virtud de Margarita. Quedó ésta tan pobre, que para atender al sustento diario de sus ya numerosos hijos tejía fallitas, las cuales entregaba al hoy general Martín González con el objeto de que éste las vendiera. Con el exíguo producto de esa venta, cubría lo más urgente ó sean los alimentos, y sus niñas se vestían debido á la filantropía de un amigo de Juárez, el Sr. D. Miguel Castro, quien para no hacer sentir el favor le decía á Margarita:

—Mándeme á sus chiquitas porque mis hijas las extrañan y quieren siempre estar jugando con ellas.

Después de esa visita llegaban las niñas de Juárez con vestiditos nuevos, y para excusar el regalo, pretextaba el Sr. Castro ó su esposa llamada Jacinta, que no les quedaban bien los vestidos á sus niñas y que les habían mandado hacer otros.

Como si la miseria, como si la ausencia de un esposo amado, como si los sufrimientos intensísimos al considerar la situación de Juárez en tierra extraña y sin auxilio ninguno, no fuesen bastantes para acrisolar la santa resignación de Margarita, un nuevo y terrible golpe vino á acibarar más su atribulada existencia. Entre la numerosa familia de los esposos Juárez había una niña de nombre Amada y la sexta de las hijas habidas en el matrimonio. Esta niña no cumplía los tres años cuando el ilustre perseguido marchó á su destierro, y era tanto el cariño de la pequeñita por su padre, que murió de tristeza, y balbuceando el nombre del autor de sus días exhaló el último suspiro!

Primero la miseria, después y junto con ella

la muerte de una hija casi en la cuna, ocasionada por la ausencia, por la falta de las tiernas caricias de su desventurado padre; después las persecuciones; en seguida y siempre una pobreza próxima á la indigencia; tal fué la vida de Margarita en aquella época terrible. En efecto, no contenta la tiranía con perseguir al esposo, quiso y consiguió cebarse en la familia y en la santa mujer que llevaba el nombre de su marido, puro y sin mancha, con legítimo y justificado orgullo.

Supo la Sra. Juárez que iba en su persecución el tristemente famoso reaccionario Cobos, y entonces empezó una verdadera peregrinación digna de una heroína, pero heroína del hogar y verdadero ángel de guarda para los suyos.

Margarita salió con todos sus hijos de Oaxaca y se dirigió acompañada sólo de un fiel criado llamado Juan Lazcano á una hacienda de don Miguel Castro llamada *Cinco Señores*; apenas llegada á esa finca, le advirtieron que su perseguidor le seguía las huellas y que se encontraba en camino para la hacienda referida, y entonces á pie y con los más pequeños de sus hijos cargados en brazos de los indios salió violentamente para un pueblo distante, cerca de cuatro leguas de *Cinco Señores* llamado *Santa Anita*.

En ese pueblo al que llegaron en la noche y en una mala posada, acostó Margarita á los niños en los rebozos y *ayates* de los indios, no pudiendo ella conciliar el sueño; por fin, poco después de las dos de la mañana y guiada por un presentimiento, dispuso continuar su marcha como en efecto lo verificó despertando violentamente á sus hijos. A las cinco de la mañana cuando apenas hacía dos horas de la salida de la Sra. Juárez, llegaba Cobos á *Santa Anita*.

Aunque el perseguidor no logró su objeto, continuaron sin embargo los rudos sufrimientos de Margarita. Para ella y para su hija mayor Manuela se consiguieron acémilas, pero los demás niños continuaron en brazos de los indios, sufriendo en algunos puntos del tránsito escaseces y hambre como pasó en Llalinas, donde no pudieron comer otra cosa que tamales fríos y en el curso de la peregrinación poco antes de llegar á un punto llamado los Naranjos tuvieron que pasar el río de *Chietla*, que es sumamente ancho y de impetuosisima corriente; esta venía muy aumentada á consecuencia de las fuertes y abundantes lluvias, y la prudencia en otras circunstancias hubiera aconsejado retroceder y buscar el paso por otro lugar menos peligroso; la señora de Juárez, sin embargo, decidida á obtener seguro asilo con tra Cobos más por sus hijos que por ella, se decidió á pasar el río con toda la familia

en una especie de hamaca de mimbres, tan separados éstos entre sí, que dejaban espacio suficiente para que por él desapareciera debajo del agua una criatura, y con un verdadero y terrible vaivén de aquella frágil y deleznable embarcación y durando en la travesía cerca de media hora, lograron al fin los fugitivos llegar sanos y salvos á la orilla opuesta, habiendo estado todos más de una vez en inminente peligro de ser arrebatados por el torrente.

Llegaron después á un pueblo llamado Cuasimulco y en conclusión á la hacienda de Sta. Gertrudis, propiedad asimismo de don Miguel Castro, donde terminó tan difícil y peligrosa peregrinación.

En esa hacienda permaneció la señora Juárez con sus hijos algunos meses, y cuando desapareció el peligro de Cobos y sus inicuas persecuciones, volvieron á Oaxaca. En aquella Capital, la situación de la familia siguió siendo de tal manera dificultosa y aflictiva que el conocido Gral. Ignacio Mejía propuso á Margarita que se fuera con todos sus hijos á Etlá donde les pondría un tendajón. La virtuosa madre aceptó, y en efecto en Etlá estuvo por algún tiempo despachando pan y cigarros y cuanto artículo puede vendarse en un tendajo cuyo capital no llega á setenta pesos.

Les había mandado el General Mejía á un muchacho llamado Lino para que sirviera de dependiente y ayudara á Margarita en el trabajo de mostrador; pero poco tiempo pudo estar Lino acompañando á la familia porque un día empezó de repente á ejecutar actos estrambóticos y raros, y por fin se le declaró la locura. Volvió entonces á quedar Margarita enteramente sola con su numerosa familia en el tendajón de Etlá, sosteniéndose apenas con los exiguos productos de aquel pequeño comercio.

Mientras tanto Juárez había llegado, primero á Veracruz, donde había cólera y vómito y después á la Habana, que se encontraba en el mismo pésimo estado de sanidad; ahí esperó á su hermano político José, quien le llevó una cantidad de cerca de setenta pesos para que pudiera seguir su viaje á Nueva Orleans. Lo hicieron ya juntos en un buquecito y en tercera clase, y fueron á parar primero á una casa de huéspedes en la calle de Santa Ana en aquel puerto, y después se trasladaron á una boharedilla de la calle de Tolosa á otra casa de huéspedes perteneciente á una señora llamada Dumbart. Algunos días comieron de favor en la fonda de unos italianos llamados Daneri y Podestá y mientras el Sr. Juárez se puso á fabricar puros para venderlos. A duras penas se podían hacer en un día tres ó cuatro cientos de esos puros que se expendían á veinticinco ó treinta centavos el ciento; así es que el produc-

to del trabajo manual del benemérito de América, nunca llegaba á un peso, libre de los gastos de manufactura. Sin embargo, su amor por la libertad lo sostenía, y era tal el entusiasmo que le causaba cuanto iba de acuerdo con sus principios é ideales políticos, que habiendo en esa época en Nueva Orleans muchos emigrados cubanos que se reunían para concertar la manera de llevar á cabo la independencia de su patria, él asistía con gusto á las reuniones, á las que iba en compañía del que después fué su hijo político, Pedro Santacilia, á quien conoció en la botica de la *rue Bourbon*, perteneciente á un Sr. Cristóbal Spindola; los animaba á no desmayar en la sagrada tarea que se habían impuesto, y su ya inmenso prestigio raenimó más de una vez las esperanzas de aquellos jóvenes que pretendían la noble é imposible empresa hasta hoy, de hacer á Cuba libre y soberana.

Habiendo caído al fin la dictadura de Santa-Anna, concluyeron por entonces los trabajos de los esposos Juárez; pero ese período de tranquilidad no debía durar mucho tiempo. Viene en efecto el golpe de Estado del General Comonfort, y Juárez, después de haber permanecido por algunos días preso, se encarga del gobierno saliendo inmediatamente de la Capital; pasa por Querétaro, establece algunos días su residencia oficial en Guanajuato, después pasa á Guadalajara y allí faltó poco para que perdiera la vida con motivo de la traición de Landa; de Guadalajara y á consecuencia de la batalla de Salamanca ganada por Osollos se trasladó á Colima, y de Colima al Manzanillo, donde se embarcó para atravesar el istmo de Panamá como en efecto lo hizo, volviendo por la Habana á Veracruz.

Allí estableció por último definitivamente el gobierno, y aquel heroico puerto debía ser el teatro de sus primeras y no las menos inmarcesibles glorias, como jefe del Estado. Empero su agitada vida llena de peripecias y sólida base de su inmortalidad era un motivo constante de sufrimiento para su tierna compañera Margarita, á la vez que un crisol para las grandes virtudes de la esposa, virtudes que debían conquistarle un merecido puesto al lado del compañero de su vida.

Margarita estaba con la familia en Oaxaca cuando Juárez fijó el asiento del gobierno en Veracruz. Una vez instalado definitivamente en esa ciudad, aquella decidió salir á unirse con su esposo, como en efecto lo hizo, acompañada de todos sus hijos y una *gran escolta* compuesta de un oficial llamado Valentín Palacios y cuatro soldados, y esa marcha al través de la Sierra, tampoco estuvo exenta de peripecias, pues antes de llegar á Chietla, habién-

doseles venido encima la noche y pasando en esos momentos por verdaderos desbarraconados, tuvieron que detener su marcha al pie del abismo mientras que iban los mozos por teas al pueblo, quedando entre tanto en la más completa obscuridad y sin poder moverse por temor de desaparecer en el profundo barranco que tan cerca de sí tenían.

En la misma sierra de Cuasimulco sucedió otro percance que por poco cuesta la vida á la infortunada Margarita. Caminaban con mucho cuidado por aquellos vericuetos, verdaderos caminos de pájaro, cuando de repente se le resbalaron los pies á la acémila que montaba la Sra. Juárez y la cabalgadura rodó al fondo del abismo. Un grito de horror salió de todos los pechos creyendo cuantos iban allí que Margarita también se había hecho pedazos contra las rocas y el pasmo subió de punto al ver á la señora pendiente al borde del precipicio y que sólo debió su salvación á su crinolina, de la que quedó colgada meciéndose en la rama de un árbol. Todos los que allí iban se apresuraron al punto á socorrerla, habiendo sido salva-da al fin como por milagro de tan espantosa muerte.

Llegó por último la Sra. Juárez á Veracruz con su familia y á consecuencia de lo mal sano del clima, varias veces estuvieron fuera del puerto. Todavía recuerda una de las hijas del benemérito, Soledad, la época en que estuvieron en Huatusco con D. Melchor Ocampo y en la cual este grande hombre le enseñó las primeras letras y la llevaba lo mismo que á sus demás hermanas á pasear por los alrededores de la población. Con verdadero orgullo cuenta la hija de Juárez este hecho que revela el cariño verdaderamente fraternal que ligaba á los dos prohombres de la Reforma, y por ese motivo lo consignamos nosotros.

Después del triunfo de Calpulalpam, regresó el gobierno general á la Capital de la República á principios del año de 1861, y entonces volvieron á tener un corto período de relativa tranquilidad los esposos Juárez. En esa época igualmente reveló Margarita una vez más la belleza de sus sentimientos entre los que figuraba en primera línea el amor á la patria, porque habiéndose declarado la guerra con el invasor extranjero, la Sra. Juárez encabezó de las primeras una junta de Señoras cuyo objeto era arbitrar recursos para los Hospitales de Sangre, y ella lo mismo que todas sus hijas se pusieron á la labor haciendo hilas, formando vendas y trabajando, en una palabra, de cuantas maneras podían en el alivio de los patriotas soldados que derramaban su sangre en defensa de la independencia de México.

Cuando la solemne y conmovedora reparti-